

amargados aquellos instantes de natural alegría antes de lo que me figuraba.

Cuando me atreví á inquirir noticias de nuestro país, que alcanzaban el correo traído desde dieciocho meses antes, supe por Larsen, allí en la misma loma, donde tantas veces había pensado en los míos, bajo las tempestades invernales ó á la luz del sol de verano, donde acaricié tantos sueños y sentí pasar muchas horas sombrías, allí recibí la noticia de que tal vez nunca más encontraría el hogar que había dejado, ni volvería á ver á aquél, á quien miles y miles de veces hubiera deseado comunicar cuanto me había acontecido durante aquel largo período. ¡Ah! ¡si en aquel momento hubiese podido abandonarlo todo y volar inmediatamente á mi casa cruzando los mares! Pero entonces era necesario alejar del ánimo tan íntimos y penosos sentimientos y emplear toda la atención y actividad en los menesteres que interesaban á la comunidad como uno de tantos que la formaban. Más tarde tendría tiempo bastante para descansar y para pensar. Me acosté un momento, pero no logré cerrar los ojos. Pronto oí á los expedicionarios que regresaban en el trineo. Duse, que había oído de boca del capitán Irizar que se imponía partir cuanto antes de aquellos lugares, desistió de reanudar sus trabajos cartográficos, apresurándose á llegar á casa para ayudarnos en los últimos preparativos. Con inmenso júbilo tanto él como sus compañeros saludaron á los camaradas recién llegados, cambiando los más sinceros plácemes.

Aquella misma noche debíamos estar listos, pues no existía ya el menor motivo para aplazar la partida. Con la ayuda que entonces nos llegaba, las operaciones de embalaje y transporte resultarían mucho menos pesadas.

CAPITULO XXI

De Snow-Hill á la isla de Paulet

Haciendo el embalaje.—Nuestra despedida de Snow-Hill.—Otra visita á la estación.—A bordo del «Uruguay.»—Llegada á la isla de Paulet.—La expedición reunida de nuevo.



CONTINUAMOS sacando toda clase de efectos de los más ocultos rincones de la vivienda, y bien pronto fuéronse llenando sacos y cajas, poniendo todos á contribución nuestra actividad. La mayor parte

de los objetos que nos debíamos llevar estaban en orden, y sólo nos faltaba conducirlo todo á la orilla. Habíamos empaquetado primeramente la mayor parte de las colecciones que reunimos durante el tiempo de nuestra estancia en la isla.

Apenas apuntó el sol salieron los primeros trineos llevando nuestra impedimenta; el transporte resultó largo y costoso, pues el hielo estaba bastante malo, y debía conducirse todo á seis kilómetros de distancia, hasta la punta oriental de la isla.

Como supimos que dispondríamos de poco sitio á bordo del buque que llegó en nuestra ayuda, y después, una vez llegados á Buenos Aires, nos quedaba todavía un largo trayecto á través del Océano, no tuvimos otro remedio que dejar muchas cosas que, si tenían escaso valor intrínseco, nos hubiera sido agradable conservar por los recuerdos que representaban.

Entre dichos objetos figuraba en primer lugar casi todo nuestro equipo, trineos, sacos de dormir, instalaciones de toda clase; amén de los aparatos bacteriológicos del doctor que abultaban mucho, nuestras ropas usadas con todos sus remiendos que denunciaban nuestra vida estrecha en aquellos parajes, y los objetos, en fin, que resultaban aún más interesantes por el improbo trabajo que nos costara construirlos, y que, al llevarlos á nuestro país, hubieran demostrado más patentemente ante el mundo civilizado las privaciones que supone la vida esquimal antártica.

Nos quedaba de todas maneras la esperanza de que sería visitada nuestra estación durante el verano por la expedición auxiliar sueca y entonces podrían recoger los exploradores parte por lo menos de lo que dejáramos.

La visita, en efecto, se realizó, pero las condiciones del hielo eran en aquella época tan malas, que no hubo medio de transportar nada hasta el buque. Larsen encaminóse directamente á primera hora de la mañana hacia la bahía para trasladarse á bordo del «Uruguay» en donde, como se puede suponer, fué saludado por los tripulantes con sorpresa y alegría, como si se tratara de un resucitado. Entonces acabaron toda suerte de cálculos para averiguar cómo encontrarían á los compañeros del «Antártico» una vez que se conocía su paradero.

Poco antes, el segundo de á bordo, el capitán Hermelo, se había presentado en la estación para comunicarme que su jefe estaba ya preparado para realizar todas las investigaciones necesarias con objeto de hallar á los compañeros que faltaban. Entonces pude comunicarle con entera satisfacción que tal empresa no ocasionaría más molestias que un viaje á la isla de Paulet.

Habíamos tenido un tiempo hermosísimo los últimos días, pero últimamente levantóse un viento huracanado



Últimas horas de espera en la orilla.

que, á continuar, nos demoraría el traslado de nuestros efectos á bordo.

Era, pues, indispensable no perder un solo momento, en cuanto el viento calmase algo. Pudieron partir por fin los trineos, uno tras otro, con toda la carga que fué posible colocar en ellos, arrastrados por los perros con la ayuda de algunos marineros. Se trabajó en esta faena durante el día, aprovechando las horas en que amainaba el viento y en espera de una oportunidad para ir á bordo del buque. Al anochecer habíamos por fin llevado á la

orilla, distribuido sobre los trineos, nuestro equipo de más valor, llevando á hombros algunos aparatos y fotografías y los instrumentos delicados.

Por última vez atraveso los cuartos donde habíamos pasado tantas vicisitudes durante los últimos años; la casa, ahora medio vacía, aparece en el desorden de una mudanza. Cerramos la puerta herméticamente con todo el cuidado que nos es posible y nos apresuramos á enganchar los trineos que aguardaban con la última carga. El más pequeño de los perros, el cachorro Kalle, que iba suelto, no quería seguir, y teníamos que volver atrás á buscarlo; nos vimos precisados á atarlo al trineo.

Hicimos un alto en la jornada y contemplamos por última vez aquel lugar que tenía para nosotros tantos recuerdos; después nos encaminamos hacia el hielo. La carga era muy pesada y los trineos se hundían á cada momento en la nieve, pero á pesar de todo, íbamos adelante y pronto nos encontramos en el lugar donde habíamos depositado las cargas anteriores.

Nuestros compañeros que habían llegado antes, estaban sentados aguardando el momento de embarcar, pues ni ellos ni el capitán Hermelo habían podido ir á bordo todavía. El «Uruguay,» en una de sus evoluciones, había medio embarrancado en un enorme trozo de hielo, que las aguas arrastraron contra el buque viéndose por unos momentos en una situación por extremo crítica. Había perdido además uno de sus botes que arrastraba á su costado.

Hacía mala mar, pero así y todo, esperábamos que vendría un bote á buscarnos mientras estábamos sentados en la playa mirando la maniobra del «Uruguay.»

Transcurrieron horas y horas sin que pudiésemos

vislumbrar señal alguna de que se acordaran de nosotros, y cuando la noche estaba bastante entrada, comprendimos que no nos quedaba otro recurso que regresar á la estación en busca otra vez de abrigo bajo techado.

El viento había aumentado mucho y bajo una vertiginosa tormenta de nieve emprendimos el camino á la vivienda. Pasamos un día pésimo aun cuando estábamos por demás acostumbrados á aquel clima y á aquel modo de vivir y para nosotros la casa constituía un alojamiento de príncipes. En cambio, sentimos, que después de habernos llevado todo lo mejor, no pudiésemos ofrecer más comodidades al amigo argentino que tan inesperadamente era nuestro huésped; pero lo cierto es que todos descansamos perfectamente de las tareas de la víspera, durante la última noche que pasamos bajo aquel techo inolvidable.

No podíamos perder un minuto, y tuvimos que levantarnos muy temprano al día siguiente. El tiempo se presentaba mejor que el día anterior, sin ser apacible del todo. Yo fuí el primero en dejar la estación y convine en hacer señales desde la altura de la meseta, si las circunstancias se presentaban favorables para el embarque. Tenía que andar bastante para poder ver si el «Uruguay» había lanzado sus botes al agua, y cuando regresé á la meseta de basalto, comprendí que no había necesidad de hacer las señales. El tiempo había abonanzado más y más y los compañeros de la estación comprendieron que era cuestión de emprender el camino cuanto antes.

Cuando llegamos á nuestro depósito de la orilla había partido ya un bote lleno de carga y al poco rato atracaron tres botes más á la costa, uno de los cuales iba mandado por el capitán Larsen. Al desembarcar éste me dió

una naranja que le habían ofrecido á bordo del «Uruguay» y que era para mí el primer producto del mundo civilizado. Pronto se cargaron los botes que partieron de nuevo hacia el «Uruguay»; yo me quedé, sin embargo, para recoger el resto de nuestros efectos y aguardar á algunos compañeros que no habían regresado todavía.

Poco tiempo me quedaba ya de permanencia en la orilla de la isla, donde habíamos pasado tan largo destierro. Cuando volvieron los botes, todos estábamos listos y embarcándonos al punto, llegamos con presteza al buque salvador que se movía majestuosamente sobre las olas. A bordo del buque estaba reunida la oficialidad y la tripulación, la bandera sueca fué izada al acercarnos á él y en fuerte hurra nos saludó al pisar la cubierta.

El momento no podía ser más solemne; nuestra emoción se mostraba á nuestro pesar y dábamos por bien empleadas todas las penas y contrariedades sufridas durante nuestra exploración, rica á la vez en descubrimientos, que había concluído definitivamente; de hoy en adelante seremos tan sólo huéspedes y pasajeros del «Uruguay.»

Al cabo de pocos momentos, estábamos en marcha hacia el norte.

Nuestro viaje, de momento, no resultaría largo, pues á causa de la rápida partida de la isla de Seymour quedaron guardadas allí algunas colecciones y debíamos pasar á recogerlas, determinación que me llenó de júbilo pues habíamos llevado con nosotros muy pocos de los fósiles vegetales tan sumamente interesantes que reuniéramos.

Cuando arribamos cerca de la ensenada partió Gunnar Andersson, en compañía de otro tripulante, para re-



Durante el verano: bloques de hielo en la orilla.

coger aquella misma tarde en la bahía de los Pájaros Bobos cuantas colecciones dejamos allí.

En el bote destinado para este objeto se cargaron provisiones de toda clase elegidas del magnífico stock del «Uruguay» con objeto de formar un depósito en la isla de Seymour, que sirviese á las expediciones ulteriores que llegasen á estas regiones. Al desprenderse la dotación del «Uruguay» de tantas provisiones, conseguíase habilitar más sitio á bordo con objeto de colocar cómodamente nuestras colecciones, y esta fué otra prueba de la buena voluntad de la expedición argentina que prefirió sacrificar lo suyo antes de rechazar lo que nosotros ansiábamos llevar á nuestras casas.

Aproximábase la noche cuando el bote estaba ya de regreso y todos nos encontrábamos reunidos. Yo permanecí sobre cubierta contemplando las costas que íbamos dejando atrás.

¡De cuán extraña novedad me parecía viajar de este modo, comparándolo con las marchas á pie ó los viajes en trineo!

¡Cuánto había cambiado nuestra situación durante aquellos dos días!

La misma certidumbre de hallarnos ahora en camino de nuestra patria y la convicción de que todos nuestros cuidados respecto al porvenir habían cesado, comunicaban á nuestros recuerdos las apariencias de lo soñado. Pero era indudable que un largo período de nuestra vida había transcurrido en aquellas solitarias regiones para no volver jamás, y aquellos desiertos paisajes que desfilaban ante nuestros ojos no los olvidaríamos nunca.

Durante toda nuestra vida recordaríamos aquellas dos islas de piedra arenisca que fueron nuestra morada por

espacio de largo tiempo. A medida que avanzaba el buque iba quedando atrás la tierra que explorábamos, y el mar se extendía inmenso ante nosotros. Bajé ya tarde al salón de reunión, y conversando con nuestros amables huéspedes, transcurrió pronto la noche.

Todo se había colocado á bordo del mejor modo posible, mejor aun de lo que se esperaba; después de haberlo dispuesto ordenadamente nuestro capitán.

El segundo me había cedido galantemente su camarote, y mientras los oficiales tuvieron que arreglarse como pudieron, nosotros disponíamos del más envidiable alojamiento.

Aun me quedaba un trabajo para ultimar y hasta que lo hube concluído no pude conciliar el sueño. A pesar de todo, me eché vestido para descansar un rato hasta llegar á la isla de Paulet. Antes de las dos estaba de nuevo sobre cubierta. El panorama era hermosísimo á la luz nocturna, única en su clase que ofrecen las regiones cercanas á los polos. Reinaba una quietud inmensa en torno de la embarcación; el mar azul se agitaba libremente; tan sólo algunos trozos de hielo reluciente flotaban diseminados en la superficie. Delante de nosotros se levanta como una barrera coherente, la pirámide de hielo de la isla de Dundée, y el punto céntrico del cuadro lo forma la obscura isla volcánica, que atrae la curiosidad de todos.

Nos acercamos más y más, y pronto distinguimos con el anteojo de larga vista la señal formidable de piedra que los náufragos habían construído en la punta más elevada para llamar la atención de alguna expedición auxiliar. La Naturaleza dormía; solamente los pájaros bobos nadaban sobre el mar alrededor nuestro, pasando

delante con rapidez como si quisieran enseñarnos el camino de la costa, donde nuestros compañeros estaban bien ajenos de que se aproximaba la hora de su liberación.

El hielo se iba cerrando cada vez más y formaba hacia adentro una faja coherente. En la cercana costa vimos



En ruta hacia el «Uruguay».

una numerosa colonia de pájaros bobos, la cual había visitado yo hacía veintidós meses. Pudimos contemplar también un oscuro montón de piedras apenas visible, que por tanto tiempo sirvió de morada á veinte personas.

El reloj señalaba las cuatro en punto, precisamente cuando el sol empezaba á salir en el horizonte, iluminando el panorama con su magnífico esplendor. Cuando estábamos abstraídos en la contemplación de aquel hermoso cuadro que nos rodeaba, escuchamos el silbido del pito

del «Uruguay». Sonó una, dos, tres veces, perdiéndose su eco entre las rocas. En mi vida había experimentado tan extraña impresión. Tan indefinible sensación experimenté en este momento, que no me daba cuenta exacta de la significación de aquellos repetidos avisos.

Aunque era solamente uno de tantos espectadores,



La choza en la isla de Paulet y el «Uruguay» á la vista.

sentía una singular emoción pensando en que mis compañeros iban á ser inesperadamente salvados de una situación tan triste y difícil.

Pasó un rato desde que vibró el silbato de aviso hasta que pudimos observar señales de vida en la choza, de la cual, uno tras otro, empezaban á salir sus habitantes. Es de presumir el estupor con que debían contemplarnos, no dando seguramente crédito á lo que veían, preguntándose si todo aquello era un sueño ó la realidad. Veíamos con cuanto apresuramiento se movían y hablaban y cómo, finalmente, se dirigían poco á poco hacia

la playa. Pronto quedaron listos nuestros botes, y navegando entre témpanos de hielo, nos dirigimos á un lugar á propósito para desembarcar, bastante alejado por cierto de la cabaña. Negros, sucios, enflaquecidos, encontramos á nuestros compañeros; sus ropas estaban destrozadas, pero en sus rostros, que denotaban los estragos de las privaciones pasadas, se veía retratada la alegría. ¡Nos saludamos mutuamente, quedando, al fin, después de tan variados acontecimientos, reunida de nuevo toda la expedición!

Había infinidad de cosas que arreglar para que quedase todo en disposición de continuar el viaje. Casi con veneración contemplábamos la choza tan húmeda y negra donde aquellos hombres habían pasado el invierno. Se procedió á reunir todos los efectos de algún valor, no sólo de los que se salvaron del «Antártico», sino también los tesoros científicos que se habían podido recoger durante la permanencia en la isla. También en aquel puerto dejamos un importante depósito de las provisiones del «Uruguay», y á duras penas podíamos ocultar la envidia que nos producía la vista de todas aquellas conservas, azúcar, pan, etc., pensando lo que hubieran significado á disponer de ello algunos meses antes. No era un depósito despreciable lo que dejábamos como recuerdo de nuestra expedición, pues además de conservas y galleta, quedaban allí varios sacos de legumbres y otras muchas vituallas. Dejé un inventario de todo ello juntamente con una carta dirigida al capitán Gylden.

Todavía nos quedaba una obligación sagrada que cumplir. Uno de nuestros compañeros había tallado el día anterior, á bordo del «Uruguay», una cruz con su correspondiente inscripción, para colocarla sobre la pie-

dra que daba á conocer el sitio en que Wenersgaard descansaba para siempre. Tristes y silenciosos, nos congregamos todos alrededor del fúnebre montecillo pensando en aquel excelente camarada cuyo cuerpo inanimado quedaba allí, lejos de sus deudos y amigos, en aquella desierta playa, donde pronto las bandadas de pingüinos serían los únicos y exclusivos guardianes de su tumba.

Proseguimos después nuestra tarea para la instalación del depósito, trabajando todos con el mayor ardor, pero como las provisiones eran muchas y la distancia al punto de embarque bastante larga, invertimos algunas horas hasta que, finalmente, quedamos listos para marchar de nuevo á bordo. Con gran cuidado fuimos contando uno á uno los que embarcaban en los últimos botes para que nadie, en el último momento, quedase olvidado. Volvimos á bordo del buque salvador y seguidamente hizo rumbo al tercer punto de internada, hacia la bahía de la Esperanza.

Dejemos ahora á cada uno de los miembros de esta última expedición invernal, la tarea de narrar sus aventuras dignas de mención, desde el momento en que Andersson y sus compañeros desembarcaron en la bahía de la Esperanza hasta los días 8 y 11 de noviembre de 1903, en que volvieron á quedar reunidos.